

EL MENSAJE NAVIDEÑO PAPAL DE 1955

1. Sabido es que el radiomensaje es una de las formas que viene empleando el Papa felizmente reinante para ejercer su magisterio universal. Porque, aunque se dirige directamente al Sagrado Colegio de Cardenales, a los Prelados y Dignatarios de la Curia Romana, de la Capilla y Familia Pontificia, congregados en el Palacio Apostólico Vaticano el 24 de diciembre para felicitar a Su Santidad las Navidades y augurarle un feliz Año Nuevo; con todo, de hecho sus enseñanzas y exhortaciones tienen alcance ecuménico por dirigirse explícitamente a todos los hombres.

Los radiomensajes de Pío XII suelen ser eminentemente "actuales"; se refieren a cuestiones graves en el momento de hablar el Papa: éste, partiendo de dichas gravedad y actualidad, expone los principios de la doctrina cristiana referentes al caso; refuta objeciones y acusaciones contra el cristianismo; denuncia las peligrosas consecuencias de aquéllas y traza orientaciones cuya sabiduría y oportunidad van siendo confirmadas por la Historia de los pueblos al compás de los años.

El radiomensaje navideño de 1942 (1)—uno de los documentos pontificios más densos de doctrina ético-social de nuestra época—tuvo resonancia universal. Los de 1931 (2), 1940 (3) y 1941 (4) contienen principios de orden internacional por los que deberá guiarse la conducta de los gobernantes, si quieren asegurar a las naciones un nuevo orden, verdaderamente justo, en una paz honrosa; así como los de 1945 (5) y 1950 (6) exponen los principios de orden interno conducentes a la consecución del mismo fin.

La paz en sus múltiples aspectos es el tema más frecuentemente tratado por este Sumo Pontífice. Sólo en el término de cuatro años y cuatro meses (más concretamente, desde su "Mensaje de Paz al mundo católico",

(1) *El "orden interior" de las naciones*. En *Colección de Encíclicas y Cartas Pontificias* p. 183 ss.

(Madrid, 1955), p. 20 ss.

(2) *Cinco "premisas" para la paz. Discurso ante el Sacro Colegio*. En *Colección citada*,

(3) *Cinco condiciones para un "orden nuevo"*. *Ibidem*, p. 190 ss.

(4) *El "nuevo orden" internacional. Radiomensaje al mundo entero*. *Ibid.*, p. 198 ss.

(5) *Supranacionalidad de la Iglesia. Discurso ante el Sacro Colegio*. *Ibid.*, p. 242 ss.

(6) *"La paz" y la Iglesia. Radiomensaje al mundo entero*. *Ibid.*, p. 282 ss.

3 de marzo de 1939, veinticuatro horas después de su elección, hasta su “Carta al Cardenal Vicario de Roma”, 20 de julio de 1943) habló sobre la paz justa en ciento catorce ocasiones (7). Dicha enseñanza ha continuado conforme lo han ido aconsejando las circunstancias. Nada tendría de extraño que Pío XII pasase a la Historia con el sobrenombre de “El Papa de la Paz”.

2. El radiomensaje navideño de 1955 (8) versa sobre la *seguridad*. Sigue, pues, la misma dirección que los anteriormente citados, si bien el tema es algo más amplio que el de éstos como lo piden las circunstancias históricas por las que atraviesa el mundo. “La nota más definitiva de la situación intelectual del hombre moderno consiste en la inseguridad” (9). Esta afirmación—la “inseguridad” es la nota característica de nuestra época—ha llegado a convertirse en tópico. Las investigaciones de los filósofos existencialistas acerca de la “angustia”, etc., y quizá más aún sus producciones literarias, han contribuido notablemente a ponerlo de moda. Pero es un tópico de muy profundo sentido y de extraordinaria amplitud: La inseguridad se extiende no sólo a la situación “intelectual”, como afirma el Rector Magnífico de la Universidad de Madrid, sino a todos o a casi todos los órdenes de la vida y hasta a la vida misma del género humano sobre la tierra, principalmente a causa de la apocalíptica potencia destructora de las modernísimas armas termonucleares: armas que en una posible guerra futura podrían ser empleadas por algún desatentado combatiente decidido a destruir al adversario a toda costa. Y nótenlo bien los incrédulos sobre este particular confiados en un fácil optimismo: Quien teme y denuncia tales peligros de destrucción universal o poco menos no es el vulgo ignorante y sugestionable ni visionarios autosugestionados y sugestionadores, no; son los hombres de ciencia, entre los que bastará recordar a Einstein y su último *aviso a la especie humana*; son los gobernantes responsables del destino de las naciones, por ejemplo, el Caudillo de España y los Presidentes Truman y Eisenhower, y sobre todos el Vicario de Cristo, quien ha denunciado repetidas veces tales peligros, aunque no con términos tan trágicamente amenazadores

3. Este radiomensaje se desarrolla en la siguiente forma: Se parte de una situación actual, exponiendo cuál es la actitud del hombre moderno ante el misterio de la Navidad de Jesucristo. En una segunda parte se afir-

(7) Cfr. S. S. Pío XI y la paz. Colección Pío XII, n. 5. Acción Católica Española. Secretariado de Publicaciones (Madrid, 1943).

(8) En “L'Osservatore Romano”, a. 95, n. 299 (Roma, 25 de diciembre de 1955), pp. 1-2. La versión española, en “Ecclesiá”, 15 (1955), n. 755, pp. 5-10.

(9) LAÍN ENTRALGO, P.: *San Ignacio, Santo moderno*. Conferencia en la Universidad de Salamanca, 4 de febrero de 1956.

ma y demuestra la necesidad de la presencia de Cristo en la vida histórica y social del género humano. Por fin, en la tercera y última sección se desarrolla la tesis doctrinal: *La vida humana necesariamente ha de completarse y fundarse en Cristo*, con oportunas aplicaciones a la cuestión de la paz. El valor doctrinal, apologético y práctico de esta sección le confieren excepcional importancia, sobre todo para nuestra época de inseguridad y de peligros.

4. PRIMERA PARTE: *Actitud del hombre moderno frente a Navidad.*

“Se puede preguntar con trepidante ansiedad—comienza exponiendo el Papa—si el hombre moderno se halla aún dispuesto a dejarse dominar por tanta grandeza sobrenatural y a dejarse penetrar de la alegría íntima que encierra” el misterio de Dios Encarnado.

En tres grupos distribuye Su Santidad a los “hombres modernos” por lo que a su actitud ante el Redentor recién nacido se refiere: Los optimistas, los pesimistas y los indiferentes.

a) *Los que admiran la potencia humana externa*: Es decir, los que adoran el progreso—o quizá, mejor, los progresos—realizado en el orden científico, en el social y en el amplísimo campo de la técnica: O eso mismo, dicho con otros términos, los que se admiran de los adelantos de las ciencias físico-químicas porque arrancan a la Naturaleza sus secretos; los que se extasían ante los ingeniosísimos instrumentos de la técnica que dominan las fuerzas naturales y acrecientan asombrosamente el poder del hombre sobre ellas para observar, producir, circular y destruir; los que se arroban ante la organización de la solidaridad humana cada vez más elaborada y más eficiente, se sienten seguros de este poder adquirido y constantemente aumentado. De él esperan el advenimiento de una edad de bienestar fácil. O para decirlo con palabras del Papa:

“Este hombre moderno, casi convencido del aumento de su poder, inclinado a medir la propia estatura por la potencia de sus instrumentos, de sus organizaciones y de sus armas, por la precisión de sus cálculos, por el número de sus productos, por la distancia a donde puede llegar su palabra, su vista y su influjo; este hombre, que habla ya orgullosamente de una edad de bienestar fácil, como si lo tuviese al alcance de la mano; que, como seguro de sí y de su porvenir, se atreve a todo, impulsado por una audacia incontenible, trata de arrancar a la naturaleza su último secreto y de doblegar las fuerzas naturales a su voluntad y ansía penetrar con su propia presencia física hasta en los espacios interplanetarios.”

Deberían reconocer la grandeza de Dios, siquiera por la distancia infinita que la separa de la grandeza humana, siempre pequeñísima comparada con la divina. Pero no lo hacen así; esa visión restringida y hasta deformada del mundo y de la vida “les quita el poder reconocer en las obras de Dios y en particular en la Encarnación del Verbo”... “el indispensable fundamento que da consistencia y armonía a las obras humanas”.

“No pocos, en efecto, se dejan como deslumbrar por el resplandor limitado que de éstas brota y se resisten al íntimo estímulo de buscar su origen y su perfección fuera y por encima del mundo de la ciencia y de la técnica.

A semejanza de los constructores de la torre de Babel, sueñan ellos en una inconsistente “divinización del hombre” que convenga y baste a cualquier exigencia de la vida física y espiritual. En éstos la Encarnación de Dios y su “vida entre nosotros” (cfr. Ioan., 1, 14) no suscitan ningún interés profundo, ninguna conmoción fecunda.”

¿Qué actitud adoptarán ante la Navidad estos adoradores del progreso? Es obvio: puesto que intentar prescindir de Cristo y hasta del mismo Dios.

“Navidad no tiene para ellos otro contenido ni otro lenguaje que el que puede expresar una cuna: sentimientos más o menos vivos, pero únicamente humanos.”

¿A quiénes aludirá el Papa cuando habla de esos “admiradores de la potencia humana”? Además de otros, podrían señalarse tal vez dos grupos muy diversos: Los *comunistas*, en el orden político-social (I), y los *tecnócratas* (II) en el campo económico. Los primeros, por razón de su *mesianismo*, de sus promesas (quizá también de sus esperanzas) en un utópico paraíso, que su sistema de vida traerá sobre la tierra para dicha de todo el género humano, como tantísimas veces tienen repetido durante siete lustros en sus propagandas sobradamente conocidas: Los segundos, por los frutos (utópicos también en buena parte) que esperan conseguir mediante el triunfo y aplicación universal de la *tecnocracia*. Entre estos dos grupos marcha también por el mismo camino la turbamulta de los que opinan que pueden prescindir de Dios, o a lo menos de la religión, pues ya no la necesitan: en lugar de ella ha venido la “cultura” o el “progreso”, que pueden muy

(10) STALIN, J.: *Des principes du léninisme* (París, 1936). MAC FADDEN: *La filosofía del comunismo* (Valladolid, S. E. V. E. R., 1949). LOMBARDI: *La doctrina marxista*, Ed. Atlántida (Barcelona, 1949).

(11) LLORÉNS: *¿Qué es la Tecnocracia?* (Madrid, 1933). PFEIFFER, E.: *Technokratie* (Stuttgart, 1933).

bien cumplir para el mundo moderno el oficio que cumplía la religión para el antiguo: Ellos, satisfechos con el bienestar que de la cultura y el progreso esperan, “dejan el cielo para los pájaros y los creyentes”.

5. b) *Los que buscan una vida interior falsa.*

Mas no todo es optimismo. La civilización moderna oculta gravísimas iacras entre el esplendor de la cultura y tras la grandiosidad del progreso. Insignes cultivadores contemporáneos de la Filosofía de la Historia opinan que la “civilización moderna se desmorona”; que “el hombre moderno, en tanto que moderno, continúa evolucionando en todas partes hacia la catástrofe”; que en virtud de una ley histórica denominada “movimiento de la civilización”, éstas mueren como los hombres, para dejar lugar a otras civilizaciones tan imprevisibles en su forma futura como no la tiene el rostro del niño que aun no ha sido engendrado”. Nuestro tiempo—según el sentir de estos pensadores—es una de esas épocas de crisis, de derrumbamiento de la cultura presente y de tránsito hacia otra desconocida.

Las hecatombes provocadas por la segunda guerra mundial han contribuido poderosamente a reforzar esta mentalidad pesimista. Los que vivieron “en medio de ese siglo de hierro y de fuego” sintieron brotar en sus almas y desarrollarse una serie de juicios peyorativos acerca del valor de una civilización que es en el fondo profundamente inhumana, que a tan terribles catástrofes van a desembocar. Pero esta mentalidad es más antigua. Recuérdese el extraordinario éxito editorial de OSWALD SPENGLER (12) al denunciar y analizar la “decadencia de Occidente”, poco después de la primera guerra europea. Y antes de los desastres por ella ocasionados, ya EMILIO HAMMACHER (13) había sostenido esta tesis: “La cultura moderna se desmorona y la causa de ello es el intelectualismo”, culpando al racionalismo moderno—en sus dos modalidades: la “Ciencia” y la “Técnica”—como principal responsable de este desmoronamiento que se está operando en nuestros días. Estos pensadores no se contentan con reprobar la “civilización contemporánea” por causa de los efectos horrosos que con su “técnica” y sus procedimientos inhumanos (abstractos, calculados, materialistas, “económicos”), produce, sino que pasan más allá: penetran en la complicada problemática que ella nos ofrece y calan hondo en sus complejas estructuras. Terminan por reprobarla en cuanto que va contra los superiores valores del hombre y su dignidad de persona (14).

(12) OSWALD SPENGLER: *Der Untergang des Abendlandes. Decadencia de Occidente*, 4 volúmenes, traducción española de M. GARCÍA MORENTE (Madrid, 1925).

(13) HAMMACHER, E.: *Kulturphilosophie. Hauptfragen der modernen Kultur* (Leipzig, 1914).

(14) MARCEL DE CORTE: *Ensayo sobre el fin de nuestra civilización*. Fomento de Cultura (Valencia, s. a.).

Pues bien, las profundas lacras y graves defectos de ese conjunto que se llama civilización, o más impropriamente "cultura", que han motivado los severos dictámenes de estos pensadores han hecho que muchos otros, por caminos opuestos a los del optimismo.

"Lleguen—como dice Su Santidad—a tener en menos las obras de Dios, cerrándose de tal modo el camino a la alegría secreta de Navidad. Amaestrados por la dura experiencia de los últimos decenios, que, según ellos, han demostrado la brutalidad en vestidura humana de la sociedad actual, denuncian ásperamente el esplendor externo de su fachada, niegan todo crédito al hombre y a sus obras y no ocultan el disgusto profundo que su excesiva exaltación provoca en sus almas. Por lo tanto, ellos propugnan que el hombre renuncie a su febril dinamismo exterior, sobre todo técnico, que se encierre en sí mismo donde hallará la riqueza de una vida interior enteramente suya, exclusivamente humana, capaz de satisfacer toda exigencia posible.

Sin embargo, esta interioridad completamente humana es incapaz de cumplir la promesa que se le atribuye de satisfacer la exigencia total del hombre. Es más bien una soledad desdeñosa, casi desesperada, sugerida por el temor y la incapacidad de darse un orden externo, y no tiene nada de común con la genuina interioridad completa, dinámica y fecunda."

Conocido es el trágico resultado a que han venido a parar no pocos investigadores existencialistas por el estilo de Sartre o de Heidegger. El ateísmo, el materialismo, el amoralismo, con todo lo que estos errores implican, han sido el fruto de semejantes descarríos. Para conseguir esa interioridad completa, dinámica y fecunda, requiérese que el hombre supla con algo superior su radical contingencia e indigencia; más claramente, conviva "con Cristo y condividiendo sus pensamientos y su acción, se acerque a El como a amigo, como discípulo y casi como colaborador, y se vea empujado y sostenido por El cuando haya de afrontar el mundo externo según las normas divinas, porque El es "el pastor y custodio de nuestras almas" (cfr. *Petr.*, 2, 25).

6. c) *Los indiferentes e insensibles.*

"Entre unos y otros—prosigue Su Santidad—de todos esos que la concepción errónea del hombre y de la vida sustrae al influjo saludable y determinante del Dios encarnado, está la gran masa de los que ni sienten orgullo por el esplendor externo de la Humanidad ni pretenden retirarse al interior de sí mismos para vivir sólo de cuanto puede dar el propio espíritu. Son los que se dicen satisfechos, si logran vivir del momento, no interesándose ni deseando otra cosa sino que:

se les asegure la máxima disponibilidad de bienes exteriores y que en el momento sucesivo no tengan que temer la menor merma en su tenor de vida. Ni la grandeza de Dios ni la dignidad del hombre, ambas admirable y visiblemente exaltadas en el misterio de Navidad, hacen impresión en estos espíritus pobres, hechos insensibles e incapaces de dar un sentido a su vida."

Son los modernos epicúreos, más numerosos que los antiguos: repiten sonrientes el "*¡Carpe diem!*" pagano y materialista de Horacio y en él cifran y compendian la sabiduría y la norma práctica de su conducta: El utilitarismo individual o, a lo sumo, el del grupo.

7. Descritos así los grupos que no se acercan al Dios Niño, el Vicario de Cristo cierra esta parte de su radiomensaje con una seria reprobación de semejante conducta, añadiendo una grave exhortación fundamentada en la autoridad divina de los Apóstoles, en los hechos de la experiencia y en las enseñanzas de la razón natural.

"Ignorada y rechazada de esta manera—dice—la presencia de Dios encarnado, el hombre moderno ha construido un mundo en el que se confunden las maravillas con las miserias, lleno de incoherencias, como una vida sin salida o como una casa provista de todo, pero que, por falta de tejado, es incapaz de dar la deseada seguridad a sus moradores. En algunas naciones, efectivamente, no obstante el enorme desarrollo del progreso exterior, y aun estando asegurado el mantenimiento material a todas las clases del pueblo, se insinúa y se propaga un sentimiento de malestar indefinible, una expectación ansiosa de algo que debe acaecer. Vuelve aquí a la mente la expectación de los sencillos pastores de los campos de Belén, quienes con su sensibilidad y prontitud pueden enseñar a los hombres soberbios del siglo XX dónde han de buscar lo que les falta."

Ese acontecimiento es la venida de Dios a su heredad. El género humano no puede impunemente rechazarlo y olvidarlo; la razón es que ese hecho es, en la economía de la Providencia, esencial para establecer el orden y la armonía entre el hombre y sus cosas y entre éstas y Dios. Así lo enseña el Apóstol de las Gentes (I Cor., 3, 22, 23).

"¿Quién no ve—prosigue el Papa—de cuánta actualidad es este aviso para los hombres de nuestro tiempo, tan orgullosos de sus descubridores e inventores, que no sufren ya con tanta frecuencia como en otros tiempos la dura suerte del aislamiento, sino que, al contrario, ocupan la fantasía de las muchedumbres y también la atención vigilante de los hombres de Estado? Una cosa es tributarles el justo honor y otra esperar de ellos y de sus descubrimientos la solución del problema fundamental de la vida. Por lo tanto, la riqueza y las

obras, los proyectos y los inventos, orgullo y tormento de la edad moderna, se deben considerar en relación al hombre, imagen de Dios.”

Entre el optimismo de los primeros y el pesimismo de los segundos, la razón deduce la consecuencia equilibrada: “Si el llamado progreso no es conciliable con las leyes divinas del orden mundial, no es ciertamente un bien ni un progreso, sino un camino hacia la ruina”. En idénticos motivos se apoya la siguiente previsión de lo porvenir: “Del epílogo ineluctable no preservarán ni el arte perfeccionado de la organización ni los métodos desarrollados del cálculo, los cuales no pueden crear la íntima solidez del hombre, y mucho menos sustituirla”.

8. SEGUNDA PARTE: *Cristo en la vida histórica y social de la Humanidad.*

“Solamente Jesucristo da al hombre esa íntima firmeza”. La segunda parte del radiomensaje expone esta tesis e ilustra algunas aplicaciones prácticas y actuales de ella.

Cuando llegó la plenitud de los tiempos, el Verbo de Dios descendió a esta vida terrena, tomó una verdadera naturaleza humana y de este modo entró también en la vida histórica y social del género humano. Conocida es su actuación hasta el instante de ascender a los cielos.

Vino para ser guía de los hombres, su sostén en la Historia y en la sociedad. Quiso ser Rey de la Historia. Esto crea en el hombre el deber de estar sometido a Cristo; la necesidad de ser sostenido por El. ¿Hay ahora o habrá en lo futuro alguna circunstancia histórica que exima al hombre de esta sumisión? O más claramente: ¿Podrá la “cultura”, aun la más refinada, elaborada y eficaz que se quiera suponer, hacer inútil la religión; o lo que es lo mismo, dar al hombre derecho de volver las espaldas a Dios, de prescindir de Jesucristo? Sabemos que esta pregunta hipotética no es arbitraria; sino actualísima. No hace mucho un pensador español, poco ha desaparecido, formulaba la respuesta afirmativa—“La cultura debe suplantarse a la religión”—, aunque velándola convenientemente con un lenguaje selecto. Pero eso quiere decir que el “progreso” humano podría privar a Dios de sus derechos sobre el hombre y dispensar a éste de los deberes correspondientes a aquéllos. Lamentable y manifiesto desvarío. Los derechos de Dios se apoyan en fundamentos tan sólidos y en títulos tan seguros (creación, conservación, concurso, providencia, sanción...), que no dependen en modo alguno de los vaivenes de la deleznable *cultura* humana y su limitado *progreso*.

“El haber conquistado el hombre—enseña el Papa—en la presente era técnica e industrial un poder admirable sobre las cosas orgánicas e inorgánicas del mundo, no constituye un título de emancipación del deber de estar sometido a Cristo, Rey de la Historia, ni disminuye la necesidad que el hombre tiene de ser sostenido por El. Y de hecho, el ansia de seguridad se hace cada vez más vehemente.”

Hasta la experiencia histórica actual confirma este razonamiento metafísico con dos graves defectos recordados por el Papa:

“La experiencia moderna muestra precisamente que el olvidar o desatender la presencia de Cristo en el mundo ha provocado el sentimiento de extravío y la falta de seguridad y de estabilidad propia de la era técnica. El olvido de Cristo ha llevado a desatender también la realidad de la naturaleza humana, puesta por Dios como fundamento de la convivencia en el espacio y en el tiempo.”

9. *Fundamento de la seguridad en el hombre: en orden natural.*

Existe un orden natural, un derecho natural, fundamento de la convivencia de los hombres: todo derecho positivo en él se apoya imprescindiblemente y de él reciben las leyes humanas su fuerza de obligar aún en conciencia a las voluntades libres. Sin él (el derecho natural) la sociedad sería imposible en cualquiera de las realizaciones concretas que adopta la sociabilidad humana, pero sobre todo la sociedad civil. No es el caso de repetir aquí los numerosos argumentos de razón que demuestran la vigencia de tal derecho, si de citar los frecuentísimos testimonios pontificios que proclaman su valor y su fuerza. El último en el orden cronológico son estas palabras del presente radiomensaje:

“En estos principios y normas se inspiraron hasta aquí, en la teoría y en la práctica, los hombres fortificados por el cristianismo, para realizar, en cuanto estaba en su poder, el orden que garantiza la seguridad. Pero, a diferencia de los modernos, nuestros antepasados sabían—también por los errores de los que no estaban libres sus aplicaciones concretas—que las fuerzas humanas, al establecer la seguridad, son intrínsecamente limitadas; y por eso recurrían a la oración, para obtener que un poder mucho más alto supliese su insuficiencia. En cambio, el descuido de la oración en la llamada era industrial es el síntoma más relevante de la pretendida autosuficiencia, de la que se gloria el hombre moderno. Son demasiados los que hoy no oran más que por la seguridad, teniendo como superada por la técnica la petición que el Señor puso en los labios de los hombres: “El pan nuestro de cada día dánosle hoy” (Mt., 6, 11), o a lo más la repiten sólo con los labios, sin una persuasión íntima de su necesidad perenne.”

Lo que se recordó anteriormente: La "cultura"—en este caso la autosuficiencia del hombre moderno—ha suplantado en su corazón y en su inteligencia a la religión, la sumisión a Dios; por eso no reza. Si el progreso y la técnica le dan todo, ¿para qué pedir nada a nadie, aunque sea al mismo Dios?

10. *Falsa aplicación de las conquistas modernas de la ciencia y de la técnica a la seguridad.*

Mas, ¿es cierta semejante autonomía? ¿Hay motivo suficiente para creer que el género humano ha conseguido ya la autosuficiencia? No; pero hay que matizar bien la respuesta negativa. El Sumo Pontífice así lo hace: con tal esmero distingue los aspectos diferentes y justiprecia su valor, y los sitúa dentro de los debidos límites, que sus palabras no necesitan comentario.

"Las conquistas, ciertamente admirables, realizadas modernamente en el desarrollo técnico y científico, podrán, bien es verdad, dar al hombre un vasto dominio sobre las fuerzas de la naturaleza, sobre las enfermedades y aun sobre el principio y término de la vida humana; pero es igualmente cierto que tal señorío no será capaz de transformar la tierra en un paraíso de gozo cumplido. ¿Cómo, pues, se podrá razonablemente esperar todo de las fuerzas del hombre, si ya los hechos de nuevos progresos falsos y de nuevas enfermedades están mostrando el carácter unilateral de un pensamiento que pretende dominar la vida exclusivamente a base de análisis y síntesis cuantitativa? Su aplicación a la vida social no solamente es falsa, sino que es también una simplificación peligrosa en la práctica de procesos mucho más complicados. Estando así las cosas, aun el hombre moderno tiene necesidad de orar, y, si es cuerdo, estará asimismo dispuesto a orar por la seguridad."

Este olvido de la verdadera naturaleza humana, esta postergación de la dignidad personal del hombre; esta "deshumanización" de la cultura (que se ha convertido en abstracta, matemática, mecánica) y de casi todo el proceso económico (producción, circulación, distribución y consumo); esta aplicación del método cuantitativo sin tener en cuenta los demás elementos inmatrimales que integran la vida del hombre, constituyen su esencia, forman su dignidad y son el fundamento de sus deberes y derechos naturales y, como naturales, imprescriptibles... es el vicio capital de la moderna civilización, el que amenaza destruirla cual gusano roedor de sus raíces vitales. Libros enteros se han escrito para demostrarlo y poner de manifiesto sus perniciosas consecuencias y fatales resultados, v. gr., el *Ensayo sobre el fin de nuestra civilización*, de MARCEL DE CORTE, poco ha

citado. ¿Acabará realmente este vicio por destruir nuestra civilización misma, como pretende demostrar dicho autor? Quizá sea demasiado pesimista el afirmarlo. Pero si se puede poner en tela de juicio esa conclusión, porque sobrepasa la extensión de las premisas, no cabe, en cambio, dudar de las deducciones, más moderadas, del Sumo Pontífice.

“Por consiguiente—continúa Pío XII—, nuevamente se comprueba que un método cuantitativo, por más perfeccionado que esté, no puede ni debe dominar la realidad social e histórica de la vida humana. El tenor de vida, en continuo aumento, y la productividad técnica, que se multiplica incesantemente, no son criterios que de por sí autoricen a creer que existe un genuino mejoramiento de la vida económica de un pueblo. Tan sólo una visión unilateral del presente y quizás del próximo futuro puede quedar satisfecha con semejante criterio, pero nada más.”

Cuatro defectos principales dimanar de aquí: Tres contra las leyes generales por las que debe regularse la producción económica y un cuarto como consecuencia social de los anteriores; todo lo cual lleva implícito el peligro de muy perniciosas repercusiones. En efecto, según el Papa y la realidad:

“De aquí se deriva, a veces por mucho tiempo, un consumo considerado de las reservas y de los tesoros de la naturaleza y, desgraciadamente, también de la energía humana disponible para el trabajo; de aquí también resulta, paulatinamente, una desproporción cada vez mayor entre la necesidad de mantener la colonización del suelo nacional en una adaptación racional a todas sus posibilidades productivas y un desmesurado aglomeramiento de trabajadores. Añádase a todo esto la descomposición de la sociedad y especialmente de la familia, en sujetos particulares y separados del trabajo y del consumo; el creciente peligro de un seguro de vida basado sobre los provechos de la propiedad en todas sus formas, tan expuesto a la desvalorización de la moneda, y el riesgo de fundamentar únicamente dicha seguridad en la ganancia variable del trabajo.”

No es que el Papa repruebe, ni siquiera desaconseje, el seguro de vida, como tampoco los demás seguros sociales, recomendados por su predecesor en la *Quadragesimo anno* y por él mismo en diversas ocasiones (15), sino que reconoce la fragilidad de ese fundamento, sobre todo cuando las leyes

(15) *Paz en el Mundo. Discurso a los trabajadores de Italia* (13 de junio de 1943), n. 6. *Colec. cit.*, p. 478, b. *Seguridad social. Su justicia: sus peligros. A la "Semana Social" de Quebec* (28 de septiembre de 1952), n. 2. *Ibidem*, p. 1.409, a, b.

generales de la producción económica no son observadas por culpa del método exclusivamente cuantitativo.

Al llegar a este punto de su radiomensaje, Su Santidad establece una comparación entre esta falsa aplicación de las modernas conquistas de la ciencia y de la técnica a la seguridad, y los métodos del comunismo. La comparación es oportunísima por la presión que el comunismo ejerce en diversas partes del mundo y también por la conducta de varios anti-comunistas. Acusan muchos de éstos al comunismo de haber privado de la libertad a los pueblos por él dominados. La acusación es justa. Más advierte el Sumo Pontífice a tales acusadores que deberían notar que también en la otra parte del mundo—en la libre, en “Occidente”, como se dice ahora—la posesión de la libertad será bien dudosa e insegura y precaria mientras no sean más seguros los fundamentos en que se la quiera apoyar: más seguros; es decir más humanos, más morales, más conforme con el plan divino que elevó a un fin altísimo la existencia y la actividad del hombre sobre la tierra en todos los órdenes de la vida humana: individual, familiar y social.

La seguridad que se busque fuera de las “estructuras conformes con la verdadera naturaleza humana”, v. gr., mediante la aplicación del método exclusivamente cuantitativo o con la libre concurrencia deslealmente practicada, o con el menosprecio práctico de las leyes económico-morales que deben regir la producción y distribución de la riqueza..., conducirá tarde o temprano a las crisis económicas con sus lamentabilísimas consecuencias: paro forzoso, miseria de grandes muchedumbres de proletarios, etc. Esa masa de trabajadores sin trabajo se vendrá a encontrar ante un ineludible dilema: Por una parte se le ofrecerá la libertad económico-social y política, pero acompañada de paro, de hambre, de desesperación: por otra hallará la seguridad (a lo menos aparente) de trabajo con satisfacción de las necesidades económicas, pero sin libertad, con dictadura comunista o de otro matiz. El dilema es terrible: O libertad con hambre o seguridad con esclavitud. Esto esperan los dirigentes comunistas rusos para un porvenir no muy lejano.

De ayer son las afirmaciones del Secretario General del Partido Comunista soviético, KRUSTCHEV, durante la sesión de apertura del XX Congreso de dicho Partido (14 de febrero de 1956): el cual dijo, entre otras cosas:

“El objetivo primordial del partido es hacer del comunismo un sistema mundial. La característica principal de nuestro esfuerzo es que el socialismo (se entiende el socialismo bolchevique=comunismo) salga de un país y se transforme en un sistema mundial.”

Esto ya lo sabíamos. ¿Pero cuál será el principal medio para conseguir ese resultado? La decadencia de la economía capitalista (entiéndase la de todos los países que no sean bolcheviques) y la floreciente situación de la economía soviética, capaz de satisfacer las necesidades del mundo. Esto —aunque también sabíamos que lo pensaban así los dirigentes rusos—, es lo más importante en nuestro caso. Dijo, pues, literalmente KRUSTCHEV:

“Mientras que las fuerzas internas de la economía capitalista marchan hacia su caída, la economía soviética va hacia su objetivo de abastecer al mundo y transformarse en un sistema mundial por medio de una competencia pacífica.”

Quando tales proyectos y esperanzas manifiesta en tan solemne ocasión el Secretario General del Partido comunista soviético (que es tanto como decir el principal dirigente del comunismo mundial), se puede muy bien creer que habla en serio: lo contrario sería recaer en un optimismo excesivamente ingenuo y hasta infantil. Así, pues, si por un complicado cúmulo de circunstancias adversas la gran masa de trabajadores viniere a hallarse ante semejante situación y tuviere ineludiblemente que elegir, ¿por cuál solución optaría? No es difícil la respuesta: Por la vida, aunque con esclavitud. La persona humana, la familia, ha recibido de la Naturaleza misma un cúmulo de necesidades orgánicas, fisiológicas, que necesitan bienes materiales para su satisfacción: alimento, vestido, vivienda, transporte, etc. Pretender que el hombre renuncie a la satisfacción de ellas por conservar su libertad sería estúpidamente ingenuo. Luego si se le coloca en situación de no poder satisfacerlas más que aceptando la esclavitud—sea la comunista, sea cualquiera otra—la mayoría optará por comer—aunque sea con esclavitud—, antes que morir famélica a costa de conservar su libertad.

Pues ése es, precisamente, el peligro de una seguridad buscada fuera de las estructuras naturales de la sociabilidad humana o, peor aún, por medios contrarios a ellas: ése es el riesgo denunciado por el Sumo Pontífice en esta sección segunda de su radiomensaje, con estas moderadas palabras:

“Bien dudosa será la posesión de la libertad si la seguridad del hombre no se hace derivar de estructuras que corresponden enteramente a su verdadera naturaleza, cuales son: la propiedad, la familia, el Estado.”

De donde puede colegirse que la opinión de los tecnócratas y demás promotores de la producción superabundante, cada vez mayor y más ra-

cionalizada, sin frenos, como panacea universal para cuantas necesidades aquejan al género humano, como si de tal proceso productivo bien calculado hubieran de dimanar en un futuro próximo el bienestar y la seguridad universales, es equivocada.

Peor aún, dicha opinión es común a estos “occidentales” y a los comunistas; pues, como es sabido, la superabundancia de producción económica es una de las esperanzas o postulados “mesiánicos” de los doctrinarios comunistas: postulado desmentido por la realidad histórica en los países dominados por el bolchevismo y sus imitaciones; en los cuales países el “nivel de vida” del pueblo es varias veces inferior al de los pueblos capitalistas; pero que, a pesar de todo, no deja de ser predicado y creído. Y como este equivocado modo de pensar —la seguridad está en el proceso cada vez mayor de la producción social— es común a estos “occidentales” y a los comunistas, puede servir de base a otro error, es decir, a que ambas partes se persuadan de que es posible una coexistencia verdadera de los regímenes opuestos, a saber: los que aun defienden la libertad, la propiedad y los derechos naturales del hombre; y los gobiernos y los pueblos que viven bajo regímenes de signo contrario.

No es fácil que esta posibilidad sea creída sinceramente por los dirigentes comunistas, dado que declaran sin ambages que intentan hacer triunfar el comunismo en todo el mundo y lo confirman con la práctica. En cambio, sí es factible que muchos occidentales, que a sí mismos se estiman *realistas*, maestros en asuntos políticos internacionales, lleguen a persuadirse de semejante posibilidad: o por lo menos finjan estar persuadidos de ello, guiados por motivos que permanecen secretos, porque son inconfesables. Los últimos decenios han ofrecido ya algunos casos de este papanatismo, en parte cínico y en parte ingenuo: de temer son sus funestas consecuencias; entre otras la creciente expansión y subsiguiente arraigo del comunismo en el mundo, como ha venido aconteciendo después de la segunda guerra mundial.

11. Para que nadie se llame a engaño, el Papa levanta su voz y denuncia lo equivocado de esas opiniones: descubre el fundamento falso en que se apoya la creída posibilidad de coexistencia; y condena el comunismo o, mejor, reitera las ya numerosas condenaciones de este sistema social, por falso, anti-natural y anti-cristiano.

“La creencia errónea—enseña el Papa—que cifra la salvación en el proceso cada vez mayor de la producción social es una superstición, quizá la única de nuestra era industrial, imbuída de racionalismo, pero también de más peligros, pues parece considerar como

imposibles las crisis económicas, que entrañan siempre el riesgo de volver a la dictadura.

Por lo demás, esta superstición no es apta ni siquiera para levantar un sólido baluarte contra el comunismo, puesto que de ella participan tanto la parte comunista como no pocos de la parte no comunista. Ambas partes coinciden en esta creencia errónea, estableciéndose con esto un tácito entendimiento, capaz de inducir a los aparentemente realistas del Occidente a soñar con la posibilidad de una verdadera coexistencia."

El pensamiento de la Iglesia sobre el comunismo:

"En el mensaje de Navidad del año pasado expusimos el pensamiento de la Iglesia acerca de este punto, y ahora tenemos intención de confirmarlo una vez más. Rechazamos el comunismo como sistema social en virtud de la doctrina social cristiana, y debemos afirmar en particular los fundamentos del derecho natural."

Con esto Pío XII no hace más que confirmar lo que sus gloriosos predecesores y él mismo han venido enseñando repetidas veces contra los sistemas comunistas, denunciando del modo más solemne y apremiante la gravedad de sus peligros. Ya Pío IX, de santa memoria, en su encíclica *Qui pluribus*, del 9 de noviembre de 1846 (por lo tanto, dos años antes del *Manifiesto comunista* de MARX y sus colaboradores), condenaba la "nefanda doctrina del comunismo, contraria al derecho natural, que, una vez admitida, echa por tierra los derechos de todos, la propiedad, la misma sociedad humana (16). Hay que reconocer que el mundo de entonces, impregnado de liberalismo, hizo poco caso de las advertencias—aunque tan graves—de aquel gran Pontífice. Tampoco lo ha hecho mucho mayor de las de sus sucesores, quienes no han cesado de reiterar las mismas enseñanzas y consejos a lo largo de ciento diez años, cuando lo han estimado conveniente. Singular fuerza posee a este propósito la Encíclica *Divini Redemptoris*, de Su Santidad Pío XI (19 de marzo de 1937), que condenó y refutó de forma tajante al comunismo, al mismo tiempo que se lamentaba de que no todos vean su maldad y se percaten y dispongan para vencerlo (17). A pesar de eso, aun hubo católicos que obcecadamente seguían por senderos distintos y hasta opuestos al camino indicado por aquel venerando maestro, cerrando los ojos a la doctrina pontificia y a las enseñanzas de la historia contemporánea. Hubo de intervenir solemne con-

(16) N. 8. En *Colección de Encíclicas y Cartas Pontificias*. Secretariado de Publicaciones de la Junta Técnica de la A. C. E. (Madrid, 1948), p. 55, a.

(17) Nn. 15, 50, 62. En *Colección de Encíclicas y Cartas Pontificias* (Madrid, 1955), páginas 437-461.

denación del Santo Oficio (1 de julio de 1949) (18) para atajar semejantes descarríos. Mas por extraño que parezca, hay todavía entre las filas de los católicos ciertas mentalidades pertinaces que sienten o simpatía por el comunismo o compasión u otros sentimientos difícilmente calificables: en fuerza de los cuales intentan disculpar sus errores, crímenes y peligros hasta extremos inverosímiles. Ya es demasiado: sería honrar excesivamente su testarudez obcecada, si nos pusiéramos a refutarlos de propósito. Baste la advertencia—severa y sería de desear que fuese también definitiva—de Pío XII, quien enseña, a continuación de las palabras citadas:

“Por la misma razón rechazamos asimismo la opinión de que el cristianismo deba hoy considerar el comunismo como un fenómeno o una etapa en el curso de la Historia, como si fuese un necesario “momento” evolutivo de ella, y que, por tanto, haya que aceptarlo como decreto de la Providencia divina.”

Las hecatombes provocadas por el monstruo de una sola cabeza (el Kremlin) y de mil tentáculos (las células comunistas esparcidas por toda la redondez de la tierra, ora manifiestas, ora ocultas), ¿habrán hecho abrir los ojos de los obcecados? ¿Y con eso les harán abrir los oídos a las enseñanzas pontificias?

Mas no basta con ser anti-comunista solamente formal, de modo meramente negativo ò destructivo; no: el comunismo exige una refutación por sustitución. O lo que es lo mismo: para hacer que el comunismo desaparezca, más aún, para que no invada el resto del mundo, no basta demostrar que es falso, injusto, irrealizable de forma honesta conforme con la dignidad humana. Se requiere mucho más; hay que demostrar teórica y prácticamente qué es lo verdadero, lo justo, lo realizable en este campo. O eso mismo, dicho con otras palabras: hay que demostrar en la teoría y realizar en la práctica aquel sistema verdadero que, siendo contrario al comunismo, satisfaga las necesidades y las aspiraciones a las que el comunismo pretende satisfacer; o para satisfacer las cuales los comunistas intentan imponer su sistema político-social en todo el mundo. Este motivo fundamental explica la cálida y grave *amonestación* que el Padre Santo dirige seguidamente a los *cristianos en la presente era industrial*:

“Pero al mismo tiempo—dice—de nuevo y con el mismo espíritu de nuestros predecesores en el supremo oficio pastoral y de magisterio, amonestamos a los cristianos de la era industrial a no contentarse con un anticomunismo fundado en el lema y en la defensa de una

(18) En *Colec. cit.*, pp. 806-807.

libertad vacía de contenido, y los exhortamos a que edifiquen más bien una sociedad en la cual la seguridad del hombre repose sobre el orden moral, cuya necesidad y repercusiones hemos expuesto muchas veces y que refleja la verdadera naturaleza humana.”

Así es, en efecto. “Muchas veces” ha reclamado la atención, ora de unos (gobernantes, juristas, filósofos...), ora de otros (los hombres de buena voluntad en general), ya en lo referente al orden interno, ya al internacional: habiendo comenzado esta enseñanza en su primera Encíclica (19), la ha continuado ininterrumpidamente: ya sólo esto indica a las claras la trascendencia que tal doctrina implica y las consecuencias graves que de su olvido pueden dimanar.

12. Esta vigencia del orden moral, apoyada en la ley natural, cuyo legislador es Dios, halla su confirmación y apoyo en el hecho de la encarnación del Verbo; de modo que Jesucristo, por ser Dios y por ser hombre, modelo y salvador de los hombres, viene a ser el único sostén sólido del género humano no sólo en el orden sobrenatural y en lo concerniente a la consecución del último fin, la bienaventuranza eterna, sino también en la vida social rectamente ordenada, de conformidad con la naturaleza racional del hombre.

“Los cristianos, a los que más particularmente nos dirigimos—exhorta el Papa—, deberían saber mejor que los demás que el Hijo de Dios hecho hombre es el único y sólido sostén de la Humanidad, aun en la vida social e histórica, y que, al tomar la naturaleza humana, ha confirmado la dignidad de ésta como fundamento y norma de dicho orden moral.”

De lo cual se deriva para los cristianos de ahora una consecuencia bastante grave y práctica: La obligación de hacer que la sociedad vuelva a organizarse según lo exigen el orden natural y las enseñanzas de Jesucristo. Descuidar este principal oficio sería cometer una traición contra el Hombre-Dios.

“Es, pues, su principal oficio lograr que la sociedad moderna vuelva a estructurarse sobre los principios consagrados por el Verbo de Dios hecho carne. Si los cristianos descuidasen este oficio suyo, dejando inactiva, en cuanto de ellos depende, la fuerza ordenadora de

(19) *Summi Pontificatus* (20 de octubre de 1939), nn. 14, 27, 28. En *Colec. cit.*, pp. 163, a; 170, b; 171, a, b. *Radiomensaje de Pentecostés. Cincuentenario de la “Rerum novarum”* (1 de junio de 1941), n. 8, *ibidem*, p. 469, a. *Radiomensaje de Navidad de 1941*, nn. 23-27, *ibid.*, pp. 204-205. *Radiomensaje de Navidad de 1942. Passim, ibid.*, pp. 210-213. *Discurso a la S. Rota Romana* (13 de noviembre de 1949), *ibid.*, p. 1.304 ss. *Discurso al Congreso de Estudios Humanísticos* (25 de septiembre de 1949). En “*Ecclesia*”, 9 (1949), n. 430, pp. 6-7.

la fe en la vida pública, cometerían una traición contra el Hombredios, que apareció visible para nosotros en la cuna de Belén. Y valga esto para atestiguar la seriedad y el motivo profundo de la acción cristiana en el mundo, y juntamente para disipar cualquier sospecha de pretendidas miras de prepotencia terrena de parte de la Iglesia.”

Con esto queda indicado cuáles son los fundamentos racional y sobrenatural en los que se apoya el derecho a la acción cristiana: el hecho de las asociaciones cristianas: la finalidad de las mismas, su naturaleza y, finalmente, el error de quienes desearían que el cristianismo se redujese a límites exclusivamente espirituales, sobrenaturales, sin influencias, más aún, sin repercusiones, en la vida social de los Estados. O como enseña el Papa:

“Si los cristianos se unen con tal finalidad en diversas asociaciones y organizaciones, no tienen otra intención que la de prestar un servicio querido por Dios en beneficio del mundo entero. Por este motivo, y no por debilidad, los cristianos se asocian mutuamente. Pero ellos—y sobre todo ellos—permanecen abiertos a toda sana empresa y a todo progreso genuino y no se encastillan en un recinto cerrado, como para librarse del mundo. Al consagrarse a promover el bienestar común, no desprecian a los demás, quienes, por su parte, si son dóciles a la luz de la razón, podrían y deberían aceptar la doctrina cristiana, al menos lo que se funda sobre el derecho natural.

Guardaos de los que desprecian el servicio que los cristianos prestan al mundo y le oponen el llamado cristianismo “puro” y “espiritual”. Estos, ciertamente, no han comprendido esta divina institución, comenzando por su fundamento: Cristo, verdadero Dios, pero también verdadero hombre.”

13. TERCERA PARTE: *La vida humana necesariamente ha de completarse y fundarse en Cristo.*

Su Santidad pasa del orden social al individual, afirmando que Jesucristo no sólo es el firme sostén de la humanidad en la vida social e histórica, sino también en la de cada cristiano; de modo que, como “todas las cosas fueron hechas por medio de El y ninguna sin El (Ioan., 1, 3), así nadie podrá jamás llevar a cabo obras dignas de la sabiduría y de la gloria divina sin El. Esta verdad propuesta por el Sumo Pontífice en forma de tesis general: Toda vida humana necesariamente ha de completarse y fundarse en Cristo, fué inculcada a los fieles desde los albores de la Iglesia por el Apóstol San Pedro, que llamó a Cristo “autor de la vida” (Act., 3, 15), y por San Pablo: “Si alguno no tiene el espíritu de Cristo, no pertenece a Dios” (cfr. Roma., 8, 9); de modo que todo redimido, como “renace”

en Cristo, así se encuentra, gracias a El, "seguro de la fe" (cfr. Ioan., 3, 3; I Pedro, 1, 5).

Conoce, pues, el cristiano su limitación y el medio de colmar ese vacío y completar esa imperfección: así se lo ha enseñado la doctrina cristiana desde su origen. Mas este conocimiento y la persuasión evidente de los *límites del poder humano* se alcanzan asimismo con las solas luces de la razón y el testimonio de la experiencia cotidiana y universal, es decir, en todos los campos de la actividad del hombre y en el encuadramiento de su vida misma dentro del marco—¡tan limitado!—del tiempo y del espacio en el que están circunscritos su ser, su duración, su conocimiento, su voluntad, aunque libre, su fuerza física y sus facultades sensoriales: y todo ello amasado con la mutabilidad del tiempo y destinado al desenlace de la inexorable muerte; de la que sólo triunfará el alma por su natural inmortalidad y el cuerpo con su sobrenatural resurrección.

Juntamente con todo esto, es tan evidente la limitación e inestabilidad de nuestra naturaleza en los órdenes intelectual y moral; son tan frecuentes los errores, las dudas y la ignorancia; tantas las injusticias; tan reiterados y tan manifiestamente contrarios a toda razón los actos verificados a impulso de pasiones desarregladas..., que a todas luces aparece claro no ser la voluntad humana siempre buena, ni fin último de sí misma, ni absolutamente independiente de todo otro legislador externo. Y al lado de las razones antedichas están atestiguando esa misma dependencia de una legislación "heterónoma" los siguientes hechos incontestables: La conciencia de una ley natural a la que debemos obedecer; el remordimiento, si no la obedecemos, y, en fin, la inconcusa experiencia de cada uno acerca de su propia limitación y debilidad, también en el orden moral, no solamente en el físico.

"¿Cómo podría, por lo demás—diremos con palabras del Sumo Pontífice—, el individuo, aun no cristiano, abandonado a sí mismo, creer racionalmente en su propia autonomía, perfección y firmeza, si la realidad le presenta por todas partes límites, con los cuales la naturaleza le cerca, y que podrán, sí, ser ensanchados, pero nunca del todo derribados?"

Sí, es manifiesto: la ley de la limitación es propia de la vida en la tierra: los cristianos, además, sabemos que de su imperio no se sustrajo ni el mismo Cristo, en cuanto hombre. Y así, "mientras Cristo-Hombre, limitado en su vida terrena, nos conforta y confirma en nuestra limitación, Cristo-Dios nos infunde un aliento superior, porque tiene la plenitud de la sabiduría y del poder".

De este principio de la limitación humana, que abarca simultáneamente las esferas *ontológica* (del ser humano), *psicológica* (de su actividad intelectual, moral y sentimental) y *moral* (de su rectitud ética y jurídica), tanto en el orden natural como en el sobrenatural, deduce el Papa una primordial consecuencia, que se convierte en norma fundamental y fecunda para la conducta humana: indica los funestos resultados que provocaría su infracción: y hace de ella tres aplicaciones a tres grandes problemas de excepcional importancia en la presente coyuntura histórica.

14. La consecuencia, bien fácil de deducirse, es:

“Sobre el fundamento de esta realidad, el cristiano que se dispone animoso y con todos los medios naturales y sobrenaturales a edificar un mundo según el orden natural y sobrenatural querido por Dios, elevará constantemente la mirada a Cristo y contendrá su acción dentro de los confines determinados por Dios.”

He aquí el canon básico de la actividad de los cristianos conforme en un todo con la ley natural cognoscible por las solas luces de la razón; y que, además de ser conforme a dicha Ley, la corrobora y completa.

Los resultados, funestos, que de su transgresión y del simple olvido se habrían de seguir, son:

“Desconocer esto sería querer un mundo contra la disposición divina y, por lo mismo, pernicioso para la vida misma social. Acabamos de indicar las dañosas consecuencias que se derivan de la errónea sobreestimación del poder humano y del desprecio de la realidad objetiva, que, con un complejo de principios y de normas—religiosas, morales, económicas, sociales—, establece límites y muestra la justa dirección de las acciones humanas. Ahora los mismos errores, con semejantes consecuencias, se repiten en el campo del trabajo humano y más en particular de la actuación y producción en la economía.”

Los problemas graves a que Su Santidad aplica la norma básica: “Buscar nuestro sostén en Cristo”, son: El trabajo de nuestra era industrial y su valor moral, la cuestión de la paz, el peligro de las armas nucleares y el modo de conjurarlo.

15. Primer problema: *El trabajo y su valor moral.*

Sobre este tema ha ejercido su magisterio ecuménico Nuestro Santísimo el Papa repetidas veces: por la elevación de los conceptos que sobre él formula, merece recordarse su *Discurso a los empleados de la Banca de*

Italia (25 de abril de 1950) (20) en la cual tarea le habían precedido sus antecesores, singularmente León XIII y Pío XI en las Encíclicas sociales *Rerum novarum*, *Quadragesimo anno* y *Divini Redemptoris*: las cuales venían a ser el eco de las enseñanzas del cristianismo ya desde sus primeros tiempos. La elevada estima del trabajo tenida y difundida siempre por nuestra sacrosanta religión la honra sobremanera; sobre todo, si se coteja con ella el bajísimo concepto que del trabajo tenía el paganismo, tanto en la práctica (quizá por los horrores de la esclavitud) como en la teoría, hasta en las inteligencias selectas, v. gr., en el noble CICERÓN (21) y en el equilibrado ARISTÓTELES (22).

En el curso de esas enseñanzas cristianas se nos dan a conocer los diferentes aspectos del trabajo: Cómo es personal, penoso, instrumental; además, útil, necesario para el individuo, la familia y la sociedad, o, lo que es lo mismo, obligatorio; y, por fin, cómo constituye un medio de santificación propia y un servicio de Dios.

A pesar de estar dicho y repetido todo eso. Su Santidad cree oportuno volver sobre el tema, porque las circunstancias actuales llevan consigo el peligro o la ocasión de oscurecer bastante aquel concepto y de inducir al trabajador a recaer en la persuasión de la potencia absoluta de la sociedad productora. Enseña, pues, Su Santidad:

“A vista del sorprendente desarrollo de la técnica y, más frecuentemente aún, en virtud de sugerencias recibidas, el trabajador se siente dueño y señor absoluto de su existencia, capaz, sin más, de obtener todos los fines y de realizar todos los sueños. Encerrando en la naturaleza tangible toda la realidad, él vislumbra en la vitalidad de la producción el camino para hacerse hombre cada vez más perfecto. La sociedad productora, que se presenta al trabajador permanentemente como la realidad viva y única y como el poder que sostiene a todos, da la medida a toda su vida; ella es, consiguientemente, su único firme apoyo para el presente y para el porvenir. En ella vive él, en ella se mueve, en ella está; ella acaba por ser para él un sucedáneo de la religión. De este modo—se piensa—brotará ese nuevo tipo de hombre, al que el trabajo ciñe con la aureola del más alto valor ético y la sociedad trabajadora venera con una especie de fervor religioso.”

A nadie se le ocultan las funestas consecuencias que de tan errado modo de pensar habrían de seguirse en todos los órdenes, singularmente

(20) *Colec. cit.*, pp. 1.308-1.309.

(21) *Cfr. De officiis*, I, 42.

(22) *Política*, I, I, c. 2.

en el religioso—que desaparecería—y en el moral—que quedaría mutilado de su más noble parte y destituido de fundamento racional y eficaz—y que son los que al cristiano interesan sobre todo

Alto valor moral del trabajo :

Para disipar esos peligros, Su Santidad precisa con puntualidad y esmero—una vez más—la dignidad del trabajo humano :

“Ahora se pregunta si la fuerza creadora del trabajo constituye de veras el firme sostén del hombre, independientemente de otros valores no puramente técnicos, y si, consiguientemente, merece ser como divinizada por los hombres modernos. No, ciertamente; como tampoco ningún otro poder o actividad de naturaleza económica.”

La razón fundamental es que: “Aun en la época de la técnica la persona humana, creada por Dios y redimida por Cristo, sigue elevada en su ser y en su dignidad, y por lo mismo su fuerza creadora y su obra tienen una consistencia muy superior. Así consolidado, el trabajo humano es un elevado valor moral, y la Humanidad trabajadora, una sociedad que no sólo produce objetos, sino que glorifica a Dios. El hombre puede considerar su trabajo como un verdadero instrumento de su propia santificación, porque trabajando perfecciona en sí la imagen de Dios, cumple el deber y el derecho de procurar para sí y para los suyos la necesaria sustentación y se hace elemento útil a la sociedad. La actuación de este orden le procurará la seguridad y al mismo tiempo la “paz en la tierra” anunciada por los ángeles.”

16. *La cuestión de la paz.*

Ya queda dicho que Pío XII ha expuesto su doctrina sobre la paz centenares de veces. Esta lo hace desde un aspecto particular: el de la *coexistencia*—como se dice ahora—o convivencia pacífica de los hombres entre sí. Esta cuestión es bastante compleja. Por un lado se lanzan acusaciones contra el cristianismo como si fuera enemigo de la paz; porque cuando el cristiano manifiesta externamente sus convicciones, las defiende y trata de ajustar a ellas su vida y la de la sociedad, choca contra los anticristianos o los simplemente indiferentes; este choque se aumentará con la pertinacia e intolerancia propia del cristiano: de ahí brotará la discordia: de ésta, en última instancia, nacerá la guerra. ¿Qué hacer, entonces? Según esos críticos del cristianismo, los cristianos deberíamos guardar nuestras convicciones en lo interior, lo que equivale a decir: ser cristianos solamente en el “santuario de la conciencia” o, a lo sumo, manifestarnos así en el templo o ante los demás correligionarios; en todo caso, ser cristianos para nosotros solos. En cuanto a los demás, haríamos bien en mos-

trarnos tolerantes, como si no fuésemos cristianos: sobre todo, no obstinarnos en defender posiciones trasnochadas: coexistir, convivir con todos, confiando en que la fe viva e íntima, como “espíritu y amor”, aportará a la causa común, que es la paz, una valiosa contribución.

¿Es verdadero este concepto de la religión cristiana? ¿Puede el cristiano convivir pacíficamente a toda costa con cualquier otro hombre o grupo de hombres, aunque sean anticristianos? ¿Es razonable exigir de él todas las renunciaciones que semejante coexistencia implica, sobre todo teniendo en cuenta que no se trata del cristiano considerado aisladamente—individuo, familia, asociación privada—, sino del cristiano viviendo en sociedad, de la sociedad cristiana misma, es decir, de un Estado cristiano como es el español actual?

La respuesta negativa a las tres preguntas se impone. El Papa la formula en los siguientes términos:

“Precisamente a él (al cristiano que con su trabajo procura la seguridad y la paz) le echan en cara algunos que es un obstáculo para la paz, que va en contra de la convivencia pacífica de los hombres, de los pueblos y de los diversos sistemas, porque no esconde silenciosamente en lo íntimo de la conciencia sus convicciones religiosas, sino que las hace valer aun en organizaciones tradicionales y poderosas y en todas las actividades de la vida privada y pública. Afirman que semejante cristianismo hace al hombre dominante, parcial, excesivamente seguro y pagado de sí; que lo induce a defender posiciones que ya carecen de sentido, en vez de mostrarse abierto a todo y a todos y de confiar en que en una general coexistencia la fe viva e íntima, como “espíritu de amor”, a lo menos en la cruz y el sacrificio, aportaría a la causa común una valiosa contribución. En este erróneo concepto de la religión y del cristianismo, ¿no nos hallamos, por ventura, de nuevo frente al falso culto del sujeto humano y de su concreta vitalidad transportado a la vida sobrenatural? El hombre, frente a opiniones y sistemas opuestos a la verdadera religión, sigue siempre sujeto a los límites establecidos por Dios en el orden natural y sobrenatural. En atención a este principio, nuestro programa de paz no puede aprobar una coexistencia general con todos y a cualquier precio—ciertamente, nunca a costa de la verdad y de la justicia—.”

Esta solución pontificia a la cuestión actualmente tan traída y llevada de la coexistencia de los pueblos no-comunistas con los comunistas, está sobradamente justificada. Basta para ello el principio incontrovertible de la sujeción del cristiano (más aún, la de todo hombre) a las prescripciones de la ley de Dios, tanto la natural como la revelada. Hay que obedecer

a Dios antes que contemporizar con las tendencias de los hombres, cuando éstas son inconciliables con la obediencia que a Dios es debida.

17. Pero, además, tal coexistencia, propugnada por inconscientes pregoneros filocomunistas, *es* (o quizá mejor *sería*) un amasijo de contradicciones o, por lo menos, de incoherencias: se le da el calificativo de “pacífica”, pero llevaría consigo una serie de conflictos cotidianos en los órganos religioso, moral, social, político y económico. Quizá no exageren los que opinan que tal coexistencia constituiría “el peligro más grave”. Permítase una breve digresión.

La coexistencia de los Estados comunistas con los no comunistas (sin reticencias, con Rusia, que a todos guía y los mantiene confederados) equivale a coexistencia del no comunismo, del anti-comunismo, con el comunismo. Es la fuerza de las cosas, de su lógica, de su inexorable exigencia. Y bien, ¿qué implica esto? Entre otras cosas: Coexistencia de la religión con el ateísmo; del cristianismo con la negación de sus principios dogmáticos, morales y sociales; coexistencia de un Estado que actúa para el individuo—con el Estado que lo absorbe y aniquila; de la libertad y de la dignidad de la persona humana—con la renuncia de una y otra secuestradas por un totalitarismo absorbente, sin cortapisas ni escrúpulos; coexistencia de éste con la concepción democrática, con la libertad de las conciencias, del culto, de la palabra, de imprenta, de organización política y sindical; las cuales podrían darse con mayor o menor amplitud en los diferentes Estados no comunistas, pero nunca en un Estado que con su poder invade y domina toda la vida individual y colectiva, privada y pública, moral, política y económica de la sociedad.

Una coexistencia cuya absurdidad brota con la irresistible fuerza de la luz del sol, cuya dramática—mejor aún, trágica—imposibilidad está siendo demostrada por los acontecimientos de todos los días. Y téngase en cuenta que la Santa Sede está informada de ello tan bien como la mejor cancillería de cualquier Estado. El hecho es éste: Dentro de los confines de Estados comunistas hay pueblos enteros (Polonia, Hungría...) de espíritu, historia y tradición civil cristianos, que es tanto como decir antitesis del comunismo: pueblos que ven su fe religiosa, sus tradiciones morales y políticas, sus aspiraciones humanas, sus libertades personales y sociales negadas, pisoteadas, perseguidas por “razón de Estado”, que es la razón del Estado comunista: lo que equivale a decir la razón de una fe totalmente diversa o, mejor, de ninguna fe, de la incredulidad, de contrario modo de vivir, de opuestas aspiraciones. La coexistencia no existe. Se da, sí, el conflicto cotidiano de las conciencias, de las inteligencias, de los

corazones, de los hombres..., con todo el artilugio cívico, social, político que pesa sobre ellos como un alud que los hubiera sepultado. Y llega la opresión a tal extremo que arriesgan su vida o en la rebelión o en la resistencia, o en la fuga, a pesar de las asechanzas de los campos de minas y de los fusiles y bombas de mano de centinelas implacables. Todo porque aquella "vida" no vale la pena de vivirse; aquella "coexistencia" no es coexistir, sino vivir juntos el que ahoga y el que es ahogado.

Si por hipótesis se traslada esta situación, este cuadro, de la coexistencia que se nos propone al campo de las relaciones internacionales en todos los órdenes en que actúa el comunismo, puede presumirse fundadamente que los resultados vendrían a ser, a vuelta de algunos lustros, bastante parecidos a los que se están consiguiendo en la Alemania Oriental, de la que huyen despavoridos cuantos ciudadanos honestos pueden hacerlo con probabilidades de éxito afortunado. Porque hay que tener en cuenta que en este negocio el comunismo tiene a su favor un Estado que se gloria de ser el "mejor armado" del mundo; y asimismo que este Estado tiene en el comunismo el medio más apto para conseguir su predominio universal. La coexistencia, pues, en estas circunstancias con ese sistema de vida, con ese Estado, no sería un camino hacia la paz, sino un progresivo alejamiento de ella; no una marcha hacia la tranquilidad del orden, sino hacia el establecimiento férreo del desorden; no una convivencia digna de seres humanos, de Estados civilizados, sino el "suicidio de Europa", primeramente, al que habría de seguirse en último resultado el "suicidio del mundo" (23).

Así, pues, circunscribiéndonos a los cristianos, no pueden defender y procurar esta convivencia más que aquellos que no vean los peligros que implica, a pesar de su claridad de mediodía de junio en Castilla; o los que, a pesar de verlos, se obstinan en caminar hacia el abismo; o quienes en el fondo de su conciencia han abrazado ya los postulados del comunismo, incompatibles con la religión cristiana. En una palabra: El papánatas, el cínico y el criptocomunista más peligroso que el abiertamente declarado.

Con toda razón, por lo mismo, condena Su Santidad *esa* coexistencia "a cualquier precio", "a costa de la verdad y de la justicia". Y matizando y precisando su pensamiento, añade:

"Estos límites irremovibles exigen realmente pleno respeto. Donde éste existe, aun hoy en la cuestión de la paz, la religión se halla protegida en modo seguro contra el abuso por parte de la política; en cambio, donde el respeto ha quedado reducido a la vida puramente interna, la misma religión queda más expuesta a dicho peligro."

(23) Cfr. "L'Osservatore Romano", 96 (6-7 de febrero de 1956), n. 31, p. 1.

18. *Las armas nucleares y la inspección de los armamentos.*

Luego la coexistencia resultaría peligrosísima. Rechácelosla, pues. Pero entonces aumentará la desconfianza mutua, crecerá la tensión internacional; seguirá la carrera de armamentos cada vez más acelerada por parte de los dos bloques en que ha venido a dividirse el género humano y a agruparse las naciones después de la segunda guerra mundial. De aquí dimana una consecuencia por demás inquietante, así en una como en otra solución, a saber: El peligro de otra guerra mundial. O para decirlo con palabras del Jefe del Estado español: "La situación no puede ser más inestable. De cualquier incidente puede surgir la guerra" (24). ¿Y qué será una guerra futura si, lo que Dios no permita, llegare a desencadenarse? Una lucha entre naciones soberanas—todas o casi todas las del mundo, pues es difícil que alguna pudiera permanecer neutral—en la que se emplearán bombas de hidrógeno y hasta de cobalto, si las hubiera fabricadas, con tan deletéreos resultados que hasta pudieran llegar a "la muerte universal"; y aunque a tanto no se llegará, tal guerra tendría este otro efecto político-social, a saber: Con dichas armas será posible técnicamente conquistar el mundo entero y tenerlo subyugado después de la victoria, sin esperanza humana de liberación posible. ¿Pues en qué se podría fundar lógicamente esa esperanza, fuera de una intervención taumatúrgica de Dios? ...Y un mundo en estas circunstancias caería espontáneamente en la tiranía más espantosa en virtud de la estructura técnica del poder del vencedor, cuya potencia no podría ser limitada por ningún otro poder humano sobre el planeta. Esta posibilidad no se había dado hasta nuestros días en todo el curso de los siglos.

¿Será, por ventura, exageradamente pesimista y falsa esta perspectiva? No, dada la apocalíptica fuerza destructora de las armas "nuevas", las termonucleares: Las bombas "A", de uranio o plutonio; la bomba "H", de deuterio, y la "C", de cobalto. Las repetidas declaraciones de hombres de ciencia y de gobierno, como Einstein, Thomson, Truman, Eisenhower, Franco..., son estremecedoras.

"¿Vamos a dar fin a la raza humana o renunciará la Humanidad a la guerra?" "... El uso de las armas nucleares abre ante el mundo

(24) Respuesta dada a la Senadora norteamericana Mrs. Margaret Chase Smith, el 15 de marzo de 1955, en las declaraciones hechas a dicha dama con destino a la televisión para Estados Unidos de América del Norte.

Ella le había preguntado: "¿Cuáles son las probabilidades de una guerra en los próximos cinco, diez o veinte años?" A lo que él respondió: "Mientras no se devuelva su libertad e independencia a las naciones un día soberanas y hoy aherrojadas por los soviets, la paz será siempre precaria." A lo cual añadió las dos proposiciones que se citan en el texto. La Prensa española las publicó al día siguiente. Gran parte de la mundial las divulgó también.

el riesgo de la muerte universal." "Los acuerdos de no usar bombas "H" en tiempos de paz, ya no serán considerados como compromisos en la guerra."

Así proclamaba—entre otras cosas—la dramática declaración firmada por Alberto Einstein y otros científicos que ostentan el premio Nobel, que Bertrand Russell dió a la publicidad en Londres (9 de julio de 1955). Impresionantes son asimismo las declaraciones y amonestaciones del Sumo Pontífice, quien, ya en febrero de 1943, cuando apenas si habría una docena de personas que poseyeran el secreto de tales armas, las denunciaba como

"aptas para producir en todo el planeta una peligrosa catástrofe, para llevar el exterminio total de la vida animal y vegetal y de todas las obras humanas a regiones cada día más extensas; armas capaces hoy, con los isótopos artificiales radiactivos de larga vida media, de infeccionar de forma duradera la atmósfera, el suelo, los océanos mismos, incluso lejos de las zonas atacadas directamente y contaminadas por las explosiones nucleares. Y así, ante los ojos del mundo aterrizado, existe la previsión de destrucciones gigantescas, de extensos territorios hechos inhabitables y no utilizables para el hombre, además de las consecuencias biológicas que pueden producirse, ya por el resultado incierto que un prolongado estímulo radiactivo puede tener sobre los organismos mayores, comprendido el hombre, y sobre su descendencia" (25).

Al leer y meditar estas y semejantes declaraciones, tal vez se sentirá alguno tentado a dudar de ellas y a conservar el optimismo. Pero, ¿sabremos nosotros—los profanos—más que estos sabios atómicos, que están en posesión de tantos secretos velados para el gran público? ¿Conoceremos nosotros—los particulares—la situación mundial mejor que esos gobernantes poseedores de tantos secretos de Estado? ¿Nos atreveremos a pensar que el Sumo Pontífice exagera las tintas, de acuerdo con esos sabios y gobernantes? Nuestra soberbia en este caso tocaría los límites de lo ridículo. El único punto de apoyo que queda para el optimismo es la esperanza de que ulteriores experimentos realizados escrupulosamente vengán a demostrar que el peligro de tales explosiones no es tan horriblemente grave. Pero hay que reconocer que semejante apoyo es sumamente frágil. Aun admitido él, ¿no es obvio que, si las armas inventadas hasta ahora no son capaces de aniquilar la vida sobre la tierra, se han de inventar otras mucho más po-

(25) Cfr. *Radimensaje de Pascua de Resurrección* (18 de abril de 1954). En *Cotec. cit.*, pp. 1.525-1.526.

tentes todavía que las actuales? El camino (la desintegración atómica) está abierto: con esto resulta verosímil la previsión de Einstein: "Los efectos de la radiactividad pueden viciar de tal manera la atmósfera, que la exterminación de todo medio de vida en nuestro planeta cae dentro de las posibilidades técnicas". O dicho con una sola proposición. "El suicidio del género humano es posible". Se requerirán explosiones numerosísimas, gestos desatentados; pero la posibilidad existe.

¿Será lícita una guerra tal? En otra parte (26) he demostrado que no: Todo suicidio es ilícito, tanto el del individuo, como el de la familia, como el de una nación. ¡Cuánto más lo será el de todo el linaje humano! Entonces, ¿qué perspectivas se presentan para un próximo porvenir? La impresión ha sido bastante deprimente para varios espíritus. Con todo, cabe abrigar optimistas esperanzas: no ha llegado la hora de abandonarse al terror pánico que nos inspiraría una catástrofe cósmica: ésta sería inevitable; en cambio, la energía nuclear está en manos del hombre.

A buen seguro que cuando en un remotísimo pasado nuestros antecesores inventaron el fuego y percibieron los trágicos desastres que su furia desencadenada puede causar en una selva, experimentarían un terror más fuerte aún que el que podamos experimentar nosotros ante las armas term nucleares. A pesar de todo, el fuego no sólo no destruyó el género humano, sino que le prestó y continúa prestando valiosísimos servicios. Así también podemos creer con toda seguridad respecto de la novísima fuerza natural puesta en manos del hombre. De hecho, en las naciones cultas, numerosos sabios y técnicos se preparan para la más grande empresa (dentro de lo meramente humano) que se ha realizado a lo largo de los siglos: Transportar las inmensas fuerzas encerradas en el átomo al campo del progreso civil, hacia la creación de centrales productoras de energía, hacia la propulsión mecánica, hacia la producción de calor y, sobre todas esas ventajas, hacia el remedio de enfermedades no vencidas hasta el momento presente. Esto se hará, con mejor o peor método; con más o menos fortuna; esto se ha de conseguir con éxito más o menos lisonjero y en período de tiempo más o menos corto. Pero, al fin, se conseguirá. ¿Mas a qué precio? Aquí está el peligro.

19. Si las máximas morales de justicia y caridad fueran las inspiradoras de la conducta de los hombres, sobre todo de la de los responsables del destino de las naciones; si en todas partes la religión fuera tratada con el respeto de que es digna y acreedora, la evolución y el progreso hacia la

(26) Cfr. nuestro estudio *Moralidad de la guerra en nuestros días y en lo porvenir*, "Sal-manticensis", 2 (1955), pp. 42-70.

sobredicha meta (más claramente: la historia del género humano en los próximos lustros) no ofrecería peligro; pero, por desgracia, no es así.

“Este pensamiento—confiesa el Sumo Pontífice—nos lleva espontáneamente a la cuestión siempre candente que causa la incesante ansia de nuestro corazón y que envuelve un problema parcial del cual haremos en este momento una especial consideración. Nos referimos a la reciente proposición encaminada a suspender mediante acuerdos internacionales los experimentos de las armas nucleares. Se ha hablado también de llegar ulteriormente a convenios, en virtud de los cuales se renunciaría al uso de tales armas y se someterían los Estados a una inspección efectiva de los armamentos. Se trataría, pues, de tres medidas: renuncia a las experiencias con armas nucleares, renuncia al empleo de tales armas e inspección general de los armamentos.”

He ahí, efectivamente, un remedio al alcance de los gobernantes de buena voluntad y conscientes de dos cosas: del peligro que implica una futura guerra realizada con armas termonucleares y de la responsabilidad de su gestión en el gobierno de los pueblos. La idea de acuerdos internacionales surge espontánea en este caso. No es del todo aseguradora esa medida, en vista de las flagrantes infracciones que ha sufrido durante los últimos decenios la máxima: *Pacta sunt servanda*, base del Derecho internacional. Mas, a pesar de todo, no cabe más opción que recurrir a ese medio y asegurar su eficacia con todos los recursos posibles dentro de la moral internacional. Su Santidad prosigue exponiendo por menudo las medidas conducentes al resultado apetecido. Su exposición es tan precisa y clara, que no necesita comentarios. Al mismo tiempo es tan importante, que tampoco conviene resumirla. Vale la pena de transcribirla íntegra, a pesar de su extensión:

“La suma importancia de estas proposiciones aparece con trágica luz si considera uno lo que la ciencia cree poder decir sobre acontecimientos tan graves y que estimamos útil recordarlos aquí brevemente.”

“En cuanto a las experiencias de las **explosiones** atómicas, parece que halla crédito cada vez mayor la opinión de los que están preocupados por los efectos que produciría su multiplicación. Esta, en efecto, con el andar del tiempo, podría producir en la atmósfera una densidad de productos radiactivos, cuya distribución depende de causas que escapan al poder del hombre, y engendrar así condiciones bastante peligrosas para la vida de tantos seres.”

Las palabras del Sumo Pontífice son bastante moderadas y de alcance bien medido: parece que trata de situarse en el justo medio entre los que

anuncian catastróficos resultados por causa de la contaminación radiactiva de la atmósfera y los que opinan que este peligro es "insignificante", por ejemplo, Williard F. Libby, comisario atómico norteamericano. Donde no caben tantas dudas es en lo concerniente al *uso* de las armas termonucleares. La exposición del Papa es insuperable:

"Acerca de *uso*: en la explosión nuclear se desarrolla en un tiempo extremadamente breve una enorme cantidad de energía, igual a varios millones de kilovatios; la cual está constituida por radiaciones de naturaleza electromagnética de densidad elevadísima, distribuidas dentro de una vasta extensión de longitud de onda hasta los rayos más penetrantes y por corpúsculos lanzados a velocidades próximas a la de la luz, provenientes de procesos de desintegración nuclear. Esta energía se transmite a la atmósfera, y en el espacio de milésimas de segundo eleva en centenares de grados la temperatura de las masas de aire circundante, produciendo una violenta expulsión de las mismas, que se propaga con la velocidad del sonido. Se producen en la superficie de la tierra, en la extensión de muchos kilómetros cuadrados, procesos de violencia inimaginable, con la volatilización de materiales y destrucciones totales debidas a la irradiación directa, a la temperatura y a la acción mecánica, mientras una enorme cantidad de materiales radiactivos de vida media diversa completan y continúan la ruina con su actividad.

Este, pues, sería el espectáculo ofrecido a la mirada horrorizada en consecuencia de tal uso: ciudades enteras, aun de las más grandes y ricas en historia y arte, aniquiladas; un negro manto de muerte sobre las materias pulverizadas cubriendo innumerables víctimas con sus miembros abrasados, retorcidos, dispersos, mientras otros gimen con los espasmos de la agonía. Entretanto, el espectro de la nube radiactiva impide a los supervivientes todo socorro caritativo y avanza inexorable para acabar con las vidas restante. No habrá grito alguno de victoria, sino sólo el llanto inconsolable de la Humanidad, que contemplará desoladamente la catástrofe debida a su propia locura."

"Respecto de la *inspección*: hay quien ha sugerido las inspecciones con aviones debidamente equipados para vigilar sobre grandes territorios en lo tocante a las explosiones atómicas. Otros podrían acaso pensar en la posibilidad de una red mundial de centros de observación, mantenidos por especialistas de diversas naciones y garantizados por solemnes compromisos internacionales. Tales centros deberían estar provistos de instrumentos delicados y precisos de observación meteorológica, sísmica, de análisis químicos, de espectrografías de masa y otros semejantes, y harían posible la inspección efectiva sobre muchas, por desgracia no sobre todas las actividades que habrían sido precedentemente prohibidas en el campo de la experimentación por medio de explosiones atómicas."

Hasta aquí las numerosas sugerencias del Pontífice y los motivos fundamentales en que se apoyan. Oímos la voz de un sabio. Mas Pío XII es más que un sabio: es el más fiel intérprete del dolor universal, el hombre mejor informado, así de los acontecimientos históricos como de los principios morales, de los que aquéllos deben arrancar: de los primeros, porque en su calidad de soberano independiente y neutral, relacionado diplomáticamente con casi todos los Estados, y como Jefe de una religión internacional o, mejor, supranacional, tiene ante su vista la realidad contemporánea desde los acontecimientos de resonancia mundial hasta los secretos diplomáticos, reservados a selectas minorías: de los principios éticos, porque su capacidad intelectual, su formación científica, su aquilatada experiencia, hacen de él una de las inteligencias más preclaras o quizás la más perspicaz de cuantas en nuestra época dirigen los destinos de las naciones, y le dan la visión exacta de las verdades ético-sociales y de los errores a ellas contrarios, de modo muy superior al de cualquier mortal... Pío XII está autorizado para diagnosticar el estado político-social del género humano, percatarse de sus necesidades morales y prescribir los medios eficaces de satisfacerlas. Mas, todo esto, con ser mucho, es muy poco comparado con la asistencia divina sobrenatural, carismática, que, como Vicario de Cristo en la tierra, le garantiza en materia de fe y de costumbres cuando enseña a la Iglesia universal en función ecuménica, iluminado por el Espíritu Santo de Dios, que lo ha puesto para guía de pueblos y naciones.

Por esto, él no se detiene donde un simple sabio se tendría que detener: El tiene derecho a pasar más adelante: El puede dirigirse a los gobernantes de todas las naciones y aconsejar a las Autoridades supremas. Así lo hace:

“Nos no dudamos—prosigue diciéndo—en afirmar, aun en el sentido de nuestras anteriores alocuciones, que el conjunto de esas tres medidas, como objeto de un acuerdo internacional, es un deber de conciencia de los pueblos y de sus gobernantes. Hemos dicho: el conjunto de esas medidas, porque el motivo de su obligación moral es también la constitución de una seguridad igual para todos los pueblos. Si, en cambio, se llegase a la ejecución del primer punto solamente, se tendría un estado de cosas que no realizaría aquella condición, tanto más que se daría suficiente razón para dudar de que se quiere realmente llegar a la conclusión de los otros dos convenios. Nos hablamos tan claramente, porque el peligro de proposiciones insuficientes en la cuestión de la paz depende en gran parte de la mutua sospecha que turba con frecuencia las relaciones de las potencias interesadas, acusándose recíprocamente, aunque en diverso grado, de pura táctica; más aún, de falta de lealtad en una causa fundamental para la suerte de todo el género humano.”

Esta parte de su radiomensaje es, sin duda, la que mayor resonancia ha tenido en todas partes. Hasta la prensa soviética informó al mundo comunista acerca del pensamiento pontificio, y—cosa bien extraña—lo hizo con respetuosa mesura y hasta con ciertos encomios. Realmente hay sobrados motivos para ello: El peligro es muy grave; la prudencia, sabiduría y oportunidad de las sugerencias pontificias muy patente. Ojalá que ambos “bloques”—Oriente y Occidente—sigan en su conducta internacional las luminosas indicaciones del Vicario de Cristo en la tierra.

20. *La pacificación preventiva.*

He aquí otro elemento indispensable para la deseada paz. Eliminar las guerras anticipadamente sería el mejor remedio de los conflictos bélicos; y para eso, mitigar a tiempo las contiendas entre las naciones que pudieran provocarlas.

“Por lo demás—enseña el Papa—, los esfuerzos por la paz deben consistir no sólo en medidas que tienden a restringir la posibilidad de hacer la guerra, sino también en prevenir o eliminar o mitigar a tiempo las contiendas entre los pueblos que pudieran provocarla.

A esta especie de pacificación preventiva es necesario que se dediquen con ojo avizor los hombres de Estado, penetrados del espíritu de una justicia imparcial y hasta de generosidad, dentro, claro está, de un sano realismo.”

Uno de esos focos internacionales es la tirantez de relaciones entre algunos pueblos europeos y sus colonias, que “aspiran a la plena independencia política”. El Papa afirma que no se les debe negar.

“¿Acaso se puede dejar que tales contiendas sigan, por decirlo así, su curso, que fácilmente llavaría a agravarlas, abriendo surcos de odio en los ánimos y creando las llamadas enemistades tradicionales? ¿No se presentaría entonces un tercero a sacar provecho de ello, un tercero que, en fin de cuentas, ninguno de los dos grupos lo quiere ni lo puede querer? De todos modos, no se puede negar u obstaculizar a esos pueblos una justa y progresiva libertad política. Con todo, ellos reconocerán que a Europa deben su progreso, a Europa, sin cuyo influjo, y por cierto en todos los campos, podrían ser arrastrados, por un ciego nacionalismo, a precipitarse en el caos y en la esclavitud.”

Como fácilmente se echa de ver, esto se refiere casi exclusivamente a ciertas naciones que se obstinan en mantener las ventajas de sus imperios coloniales en beneficio propio y en menoscabo de la “justa libertad” de sus colonizados. Sí; parece que ya llegó la hora de que desaparezca el colonialismo. Sobre todo, aquel que se dirige principalmente a satisfacer

utilitarismos egoístas de naciones que, por creerse superiores a las demás, arrebatan a los pueblos menos poderosos cuanto redundan en provecho de ellas. El utilitarismo como base de la moral y del derecho, ya sea el interno, ya (sobre todo) el internacional, es un sistema filosófico descalificado—además de falso e injusto— por muy ingeniosamente que lo elaboraran Bentham, Stuart Mill y sus secuaces. Los pensadores deberían guardarse bien de defenderlo; pero mucho más deberían abstenerse los gobernantes de practicarlo.

A continuación da Su Santidad dos sabios consejos: Primero, a todos los pueblos de Europa: Que propaguen por el mundo los genuinos valores que tan buenos frutos han dado en otros continentes. Segundo, a todos los pueblos del mundo: Que eviten el *nacionalismo*, el gran enemigo que podría ser incentivo de odios, y así dar origen a discordias entre las naciones, sobre todo entre las “colonizadoras” y las que por ellas han sido “colonizadas”, “con provecho de tercero”: los terceros en este caso y en esta época serían, probablemente, los secuaces del comunismo, singularmente los que tratan de propagarlo y establecerlo en todo el mundo.

21. *Conclusión.*

Los optimistas, entusiastas de la “potencia humana”, tienen razones para moderar su entusiasmo; los pesimistas tienen motivos para esperar un porvenir mejor; los indiferentes tienen el deber de salir de su egoísmo: ninguno de ellos puede razonablemente alejarse de la cuna del Niño de Belén; todos tienen que buscar en el Salvador la seguridad que el mundo ansía y necesita para librarse de los graves peligros que le amenazan. El orden técnico y el económico tienen que ser dirigidos por el moral; éste debe apoyarse en el religioso. Sin religión la moral se desmorona; sin moral la economía conduce a crisis inhumanas, y la técnica produce hecatombes estremecedoras. Así lo enseña la revelación cristiana, lo demuestra la razón y lo confirma la experiencia.

“¡Amados hijos!—termina diciendo el Sumo Pontífice—. A todos y a cada uno está abierto el camino para acercarse a aquella cuna para obtener de las enseñanzas, de los ejemplos, de la liberalidad del Hombre-Dios su parte de gracias y de bienes necesarios para la vida presente y futura. Donde no se haga esto por indolencia propia o por obstáculos ajenos, sería vano buscarla en otra parte, porque por todas partes pasa la noche del error y del egoísmo, del vacío y de la culpa, de la desilusión y de la incertidumbre. Las experiencias fallidas de pueblos, de sistemas, de individuos en particular, que no han

querido buscar en Cristo el camino, la verdad, la vida, las deberán considerar y meditar seriamente cuantos creen poder hacerlo todo por sí solos. La Humanidad de hoy, culta, poderosa, dinámica, tiene acaso mayores títulos a una felicidad terrena en la seguridad y en la paz; pero no logrará convertirla en realidad sino cuando en sus cálculos, en sus planes y en sus discusiones haya incluido el factor más alto y resolutivo: Dios y su Cristo. Vuelva a los hombres el Dios-Hombre, Rey reconocido y obedecido, como espiritualmente vuelve todas las Navidades a recostarse en la cuna para ofrecerse a todos. He ahí el augurio que Nos expresamos hoy a la gran familia humana, seguros de indicarle el camino de la salvación y de la felicidad.”

P. PELAYO DE ZAMAYÓN, O. F. M., Cap.
Pontificia Universidad de Salamanca